

*RAZONES PARA SER FEMINISTA*

Alicia Blas me preguntó: ¿Por qué eres feminista? ¿Cómo te convertiste en feminista? Este artículo es mi respuesta. Partiré de mi experiencia como mujer, para dar una visión del mundo porque, como dice Bordieu: «El mundo está reflejado en cada individuo, si uno mira con atención». En este texto, contaré experiencias de mi vida porque es lo que conozco y porque como llevan diciendo las feministas desde los sesenta: «Lo personal es político». Los problemas a los que me he enfrentado por ser mujer no son un caso individual, sino que afectan a la mayoría de las mujeres en el mundo y, en ese sentido, son políticos.

1. NACER MUJER

Nací mujer en México, en una familia de artistas bastante liberal. Tuve la suerte de que mis padres me regalaran muñecas, pero también circuitos de coches. Cuando era pequeña, no veía diferencias entre mis amigos y mis amigas.

Conforme fui creciendo, las diferencias se fueron haciendo más grandes, sobre todo, en la educación. A las niñas nos pedían portarnos bien y ser lindas, mientras que a los niños les pedían no llorar y ser fuertes.

En las reuniones de adultos, yo debía: callarme, cerrar las piernas, sonreír, besar a todo el mundo y ponerme un vestido bonito. En el colegio, en la casa, en todas partes, tenía que hacer todo lo posible por gustar, por caer bien y para lograr eso, había que ocupar poco espacio, no hacer ruido y de ser posible, ser invisible.

Yo quería abrir las piernas, escurrirme en la silla, encerrarme en mi cuarto. Quería correr, gritar, cantar a todo volumen, sacar la lengua. Quería hacer preguntas, saltar en los charcos, hacer dibujos en el barro.

Pero una niña bonita, debía estar limpia. Ser bonita era aburrido, pero creía que tenía que serlo para que me quisieran.

Me costó mucho, pero con el tiempo, logré convertirme en la niña bonita, calladita y sonriente que se esperaba que fuese. Recuerdo que sentía una rabia inmensa, cuando a los niños les pedían su opinión y no les decían nada si se subían a los árboles. Muchas veces quise ser niño para que me dejaran en paz.

Cuando yo era niña, me encantaba el ballet, pero también el taekwondo. En el colegio, los niños me molestaban, se ponían espejos en los zapatos para verme las bragas, intentaban tocarme. Un día, me quejé de las persecuciones con mi madre y ella me dijo: «¿Por qué no te defiendes?» Lo que yo traduje como: «Da tantos golpes como puedas». Me volví una campeona de las luchas hasta que un día, cuando tenía siete años, el niño más alto de la clase, me torció el brazo hasta que yo terminé llorando, de rodillas. Le pedí que parase muchas veces, pero él no paró y parecía disfrutar de mi sufrimiento. Ese día, me di cuenta de que había niños más fuertes que yo, que hiciera lo que hiciera siempre habría niños más fuertes que yo y desde entonces, tuve miedo. Por si fuera poco, el colegio, en vez de hacer algo en contra de ese niño, alertó a mis padres. Para mi profesor, que los niños se peleasen era normal, pero que las niñas se defendiesen, era algo que debía corregirse.

Cuando yo era pequeña, quería ser astronauta y un hombre me dijo que no había mujeres astronautas. Yo le creí y abandoné mi sueño. De haber sabido entonces, que las mujeres podemos escoger la profesión que queramos, de haber tenido algún referente femenino, puede que hoy estuviese en el espacio.

A medida que crecí, además de tener que ser bonita, calladita y gustarle a todo el mundo, tenía que ser delgada. La televisión, las revistas, estaban y siguen estando, llenas de mujeres delgadísimas, dietas milagrosas, cremas antiarrugas, aparatos para hacer abdominales sin moverse... Las mujeres se vuelven objetos bellos y los anuncios parecen decir: «Si no eres así, no serás feliz. Si no eres guapa, ningún príncipe se fijará en ti. Si no eres delgada, nadie te querrá. Si no eres perfecta, eres una fracasada.»

Durante mucho tiempo estuve obsesionada con mi imagen corporal y, pese a que durante una época estuve muy delgada, nunca conseguí estar satisfecha con la imagen que veía en el espejo. Desperdicié muchos años, odiándome a mí misma, por no ser como las modelos. Cuento

esto, porque creo que todas las mujeres, en algún momento de su vida, se han sentido obligadas a ser guapas. No importa de qué país sean, en algún momento, lo que te rodea, hace que quieras tener el cuerpo que es considerado como perfecto. Creo que, aunque ya no llevemos corsés visibles, al intentar encajar en ese canon estético, seguimos llevando un corsé invisible. Y yo me pregunto: ¿Es necesario ese suplicio? ¿Por qué no enseñar a las niñas a amar su cuerpo tal y como es?

Cuando era joven, tuve que soportar que los hombres me acosasen, que no escucharan mis noes...Y sí, a mí también. Me too. Y soy sólo una de las millones de mujeres que han sufrido la violencia. Y yo me pregunto: ¿Hasta cuándo?

Según la ONU:

Se estima que 35% de mujeres en el mundo ha sufrido violencia física o sexual. Sin embargo, algunos estudios demuestran que el 70% de las mujeres ha experimentado violencia física o sexual.

El 43% de mujeres europeas han sufrido violencia psicológica.

Mas de 750 millones de mujeres que viven actualmente en todo el mundo se casaron siendo niñas.

120 millones de niñas de todo el mundo (1 de cada 10) han sufrido el coito forzado u otro tipo de relaciones forzadas.

Al menos 140 países han aprobado leyes sobre violencia doméstica y 144 tienen leyes sobre el acoso sexual. Sin embargo, ni siquiera contar con una ley garantiza que los países respeten o implementen siempre los estándares y las recomendaciones internacionales. Todavía hay 37 países en los que no se procesa a los autores de violaciones que están casados o se casan posteriormente con la víctima.

Entre mi preocupación de ser guapa, la de gustar y la de estar calladita, llegué a pensar que, en realidad, no tenía nada que decir y lo que es peor, que lo que yo tenía que decir, no merecía ser escuchado. Yo quería hablar de lo pequeño, de las cosas cotidianas y eso no tenía valor. Me obligué durante años a justificar lo poco que decía, citando a algún

autor conocido. Citas y más citas. Todo lo que decía, era lo que decían los otros.

Otros, del género masculino. Siempre hablaba de los otros, porque eran inteligentes y yo no. Porque ellos eran importantes y yo no. Porque ellos eran hombres y yo no.

Y yo me pregunto: ¿Por qué la vida de una persona es menos importante que la historia que cuenta un libro? ¿Por qué una historia personal es menos importante que una teoría? ¿De qué nos sirve leer muchos libros si no podemos emocionarnos? ¿Por qué debo expresarme como una teórica cuando no lo soy?

En realidad, a mí me importan las cosas pequeñas. Me gusta hablar de mi vida, de mi cuerpo, de mis emociones. Me gusta que otras y otros me cuenten de sus cuerpos, de sus emociones. ¿Te sientes bien? ¿Estas cansada? ¿Tienes ganas de llorar? Creo que las historias personales tienen mucho valor.

Conforme fui creciendo, nada de lo que hacía era suficiente, siempre tenía que hacer más, esforzarme por ser la mejor. Tenía que ser perfecta y además, tenía que encontrar marido. Mis padres nunca insistieron en que me casase, pero toda la gente que me rodeaba no paraba de hablar de eso. Existe esa noción un tanto absurda, de que una mujer para realizarse, debe tener una familia. ¿Por qué se presiona tanto a las mujeres para que se casen? ¿Por qué se da por sentado que todas queremos casarnos? ¿Acaso no se puede ser feliz sin casarse? ¿Por qué alguien no puede ser feliz sin hijos? Yo conozco gente feliz con o sin familia y conozco gente frustrada con o sin familia. Si te casas, como es mi caso, luego viene la presión de tener hijos y la de ser una madre perfecta.

Además de todo eso. Es decir, además de ser: bonita, delgada, calladita, inteligente, buena gente, casada, madre, perfecta... Encima, tienes que tener éxito profesional. Cuánta presión tenemos que soportar las mujeres.

Las mujeres de mi generación, para tener éxito profesional, tenemos que: tener el mejor expediente académico y trabajar el doble que cualquier hombre. Aceptar la diferencia salarial, que suele ser grande. En Francia, que es un país evolucionado, la diferencia salarial en las empresas culturales privadas es del 20%. En otros países, menos evolucionados, es mucho más grande. Las mujeres debemos aceptar sin rechistar que los hombres ganen más por el mismo trabajo y que nos den subvenciones más pequeñas, que las que les dan a ellos. Y yo me pregunto:

¿Por qué debemos aceptar la diferencia salarial? ¿Cómo se puede ser competitiva cuando lo que nos dan es tan desigual?

Para ser exitosas, se supone que debemos ser sumisas y no quejarnos de las manos accidentalmente puestas en nuestro trasero. Porque los hombres son torpes y tienen derecho a ser galantes. Y además tenemos que ser bonitas y vestirnos bien, porque hagamos lo que hagamos, los medios siempre van a hablar de cómo vamos vestidas.

Y si somos exitosas y tenemos familias, ¿cómo hacer para conciliar la vida profesional y el cuidado del hogar? ¿Cómo repartir las tareas del hogar, con un hombre que, por educación, cree que deberías ocuparte de eso? Sobre todo, si una gana menos, porque eso es lo normal, que una gane menos.

Una vez que se es exitosa, o se llega a un puesto de poder, tienes que aprender a darle órdenes a los hombres, de forma suave, porque si no dicen que te falta empatía.

¿Por qué se supone que tenemos que ser más comprensivas y menos exigentes?

¿Cómo podemos ser menos exigentes y llegar a los mismos resultados que alguien exigente?

No conozco a una sola mujer que no haya pasado por algo de lo que he mencionado antes. Por esa razón, creo que son problemas de género, pero hace algunos años, yo no me daba cuenta. Tampoco me parecía necesario ser feminista. Cuando yo empezaba mis veinte, no creía que el feminismo fuese necesario. Estaba agradecida con las mujeres que habían luchado para que yo pudiese votar e ir a la universidad, pero me parecía que no tenía nada más por lo que luchar.

Como siempre había visto a los hombres en los puestos de poder, eso me parecía completamente normal. Es decir, no era ni siquiera capaz de ver que existe realmente una desigualdad.

Cuando estudié dramaturgia en la RESAD, tuve la suerte de tener a varias maestras. Mujeres fuertes e inteligentes, a las que quería parecerme. Tener como maestras a: Itziar Pascual, Alicia Blas y Yolanda Pallín, fue fundamental para mí. En materia de feminismo fueron muy importantes: Itziar, quien me recomendó textos escritos por mujeres, y Alicia, quien me habló de artistas feministas y que me pasó un libro de cyberfeminismo muy interesante. Fue gracias a ellas que empecé a interesarme en el feminismo.

Si bien era consciente del abuso de poder que ejercían algunos hombres en mi vida y estaba acostumbrada a que los directores y productores quisieran acostarse conmigo, me costaba ver la desigualdad en toda su magnitud. Sabía que los personajes que interpretaba como actriz no les hacía justicia a las mujeres (me solían dar mujeres tontas o putas y, cuando tenía la suerte de tener un personaje inteligente, solía ser malísima persona), pero no sabía que la desigualdad era tan grande.

Por aquella época, gracias a Julia Varley, me vinculé al Magdalena Project, de lo que hablaré más adelante. Siendo ya parte del Magdalena y una convencida feminista, dirigí un gran festival de artes escénicas en Costa Rica. Cuando terminé, mirando la programación me di cuenta de que el 70% de los espectáculos programados estaban hechos por hombres. Pese a que yo era feminista y a que mis jefas eran mujeres, habíamos hecho un festival donde reinaban los hombres y no nos habíamos dado cuenta. Me pregunté: ¿Por qué? La primera respuesta que me vino es porque no había buenas artistas mujeres, pero eso no podía ser verdad. Luego pensé en la falta de visibilidad de las creaciones femeninas. Al final, me di cuenta de algo doloroso. Yo misma no iba a ver espectáculos hechos por mujeres porque estaba llena de prejuicios.

Entonces lo entendí: si de niñas nos educan a estar calladas, a gustar y a ser bonitas, pocas serán las que confíen en sí mismas cuando son adultas. Como en la cultura reinan los hombres, nos llenamos de prejuicios ante el arte hecho por mujeres. Como todas estamos tan acostumbradas a que los hombres ocupen los puestos de poder, todas y todos nos hemos quedado ciegos.

Ahora sé que la aparente igualdad en la que vivimos, no es verdadera. Las cifras europeas demuestran que desafortunadamente, en las artes no hay igualdad.

En Francia, un estudio hecho por la asociación HF, pone en evidencia que el 76% de los establecimientos bajo tutela del Ministerio de Cultura son dirigidos por hombres y que el 71% de espectáculos en la temporada 2011-2012 fueron dirigidos por hombres. En 2012 la media de subvenciones atribuidas a los teatros nacionales dirigidos por hombres era de 2.629.000 euros y la media de subvenciones a los teatros nacionales dirigidos por mujeres era de 1.979.000 euros.

En Madrid, en los teatros de titularidad pública, en la temporada 2015-2016, como prueba el informe hecho por Clásicas y Modernas, han tenido programadas: 18% de autoras, 17% de adaptadoras, 22%

de directoras, 20% de gestoras, 44% de coreógrafas, 6% de directoras musicales y 6% de compositoras.

Aunque el feminismo se vea como algo pasado de moda y tenga muy mala fama, es necesario. Yo me declaro Feminista y creo que todas y todos, deberíamos ser feministas.

2. EL PROYECTO MAGDALENA

¿Cómo me vinculé al Magdalena? En 2010, en México, dirigí un congreso en el que participaron grandes personalidades del teatro. La única mujer invitada fue Julia Varley, actriz del Odin Teatret. Durante la inauguración, todos los políticos y patrocinadores hombres, dieron un pequeño discurso. Yo era la directora, estaba sentada en la mesa con ellos, pero decidí no hablar. Nunca me ha gustado hablar en público y tampoco sentía que tuviese nada que decir.

Cuando terminó la conferencia, Julia Varley se acercó a mí y me acorraló en una esquina. En un tono bastante fuerte me dijo: «¿Por qué no has hablado? Tú eres la única que tenía algo que decir y no has hablado. Es tu congreso. ¿Te das cuenta de lo que le estás haciendo a las mujeres?» En ese momento, entendí que, si me callaba, nada iba cambiar. Que, aunque no me gustase, aunque no creyera que tuviese nada que decir, debía de hablar. Si no lo hacía, estaba colaborando a que la desigualdad siguiese creciendo. Porque si no hacemos nada, estamos ayudando a que todo siga igual.

Julia me habló del Magdalena Project e hizo que Roxana Pineda me invitase a su Festival Magdalena en Cuba. Cuando fui, descubrí artistas maravillosas y encontré una familia.

El Magdalena Project es una red internacional de mujeres del teatro contemporáneo que fue fundada por Jill Greenhalgh en 1986. Promueve la visibilidad de las creaciones femeninas, fomentando la crítica, el apoyo y la enseñanza. Actualmente, hay más de un millar de personas de 50 países vinculadas a la red y hay grupos autónomos que organizan festivales de forma regular. Es una red que no tiene director y en donde cualquiera de las Magdalenas puede decidir hacer su propio festival. Trabajamos de forma horizontal y sí, es posible.

En sus 31 años el Magdalena ha hecho 86 encuentros y festivales en 22 países: Gales, Dinamarca, Brasil, Italia, Cuba, Argentina, Colombia,



Ilustración 1. 7 *The acts*. Archivo 7 caminos teatrales.

Nueva Zelanda, Australia, Chile, México, España, Alemania, Bélgica, Francia, India, Perú, Singapur, Estados Unidos, Inglaterra, Noruega, Ecuador y Japón.

En 2011 en Guanajuato, México, dirigí mi primer festival de mujeres, se llamó *7 caminos-Magdalena* y fue un éxito. De ese festival, conservo muchas cartas donde las participantes me cuentan que esa experiencia les cambió la vida. Para mí entrar en la red Magdalena también fue muy poderoso, en parte, porque me di cuenta de que no estaba sola. Además, pude constatar que una relación no competitiva con las mujeres era posible y necesaria. Esto fue importante para mí, porque, durante toda mi vida, yo siempre competí con otras mujeres. Era lo normal, había que ser la más guapa, tener las mejores notas y si alguien iba por delante, las demás la criticábamos. Las Magdalenas me enseñaron que entre más seamos las que brillamos, más espacios habrá y podremos hacer más cosas.

En el Magdalena encontré: maestras, amigas, un grupo que me apoya y que también exige lo mejor de mí, haciéndome las críticas necesarias para poder mejorar mi trabajo. Gracias a las Magdalenas, tomé consciencia de que todas estamos en la misma barca y de que juntas somos más fuertes.

Las artistas que participaron en el *7 caminos teatrales-The Magdalena Project* fueron: Patricia Ariza (Colombia), Jill Greenhalgh (Reino Unido), Mercedes Hernández (México), Estela Leñero (México), Violeta Luna (México- Estados Unidos), Nieves Mateo (España), Natsu Nakajima (Japón), Marisa Naspolini (Brasil), Itziar Pascual (España), Jesusa Rodríguez (México), Julia Varley (Inglaterra-Dinamarca)

Además, participaron los grupos: ARCO- Mónica Siedler y Roberto Freitas (Brasil), Compañía de Danza Experimental de Lola Lince (México), Compañía Nacional de Teatro (México), Danzarena (México), Foro Libre (México), Génesis (México), Kalipatos (México), Sí, artes escénicas (México), Substation (Singapur), Odin Teatret (Dinamarca) y Vagón Teatro (México).

Se hicieron 10 talleres a los que asistieron 200 estudiantes y 17 espectáculos de nueve países y tres continentes. Hubo 98 notas de prensa y los alumnos valoraron el festival en un 9/10.

El segundo Magdalena que dirigí nació tras una horrible crisis que pasé y de la que salí gracias al apoyo de muchas mujeres. Cuando me recuperé, sentí la necesidad de devolverles a mis amigas lo que me habían dado, pero ellas no lo necesitaban y me dijeron: «Dáselo a otra». Y esa es la clave del Magdalena, dar sin esperar nada cambio. Lo único que se espera es que la mujer a la que has ayudado ayude a otra mujer.

Entonces, vino a mi mente la idea de hacer un festival Magdalena en Madrid. Este sería mi segundo Magdalena, pero esta vez en 2013, en un contexto totalmente diferente: Madrid en medio de la crisis. Cuando empecé a tocar puertas para poder hacerlo, la mayoría de las personas me dijeron que era imposible, pero yo insistí. Entonces, Jorge Culla me cedió los Teatros del Canal y poco a poco fuimos consiguiendo ayudas.

Las ayudas que recibimos no eran suficientes para hacer el proyecto que me había imaginado, pero con lo que tenía, podía programar solos de música, danza y teatro. El tema de la soledad se impuso y busqué espectáculos de mujeres que habían sido capaces de crear algo de sus abismos. Lo llamé *A Solas- The Magdalena Project* y fue posible gracias a unas artistas y a un fantástico equipo directivo que se comprometió con el proyecto a pesar de sus escasos fondos.

En *A Solas - The Magdalena Project* se presentaron 18 espectáculos, de 11 países (3 continentes), 1 laboratorio, 1 demostración de trabajo, 6 espectáculos en proceso y se hicieron 9 talleres. Se presentaron las artistas y grupos internacionales: Jill Greenhalgh (Reino Unido), Julia Varley



Ilustración 2. Odin Teatret: *7 caminos teatrales y Festival A Solas*.

(Dinamarca), Keiin Yoshimura (Japón), L'Explose (Colombia), Maria Porter (Estados Unidos), Marisa Amado (Perú), Mercedes Hernández (México), Odin Teatret (Dinamarca), Residui Teatro (Italia-España), Violeta Luna (México-Estados Unidos) y Voix Polyphoniques (Francia). Las españolas fueron: Ainara Legardon, Ana Belén Santiago, Carolina Torres (España-Colombia), Esfera Ensemble (España-Holanda), Iris Azquinez, Itziar Pascual, Karen Lugo (España-México), La Ortiga, Laura Freijo, Marta González, M. Luisa Pons, Mónica Cofiño, Paula Isiegas, Pilar Rubio, Projecte Vaca y Rocío Solís

Los espectáculos que se presentaron no eran de temática de género, pero sí eran hechos por mujeres. En cuanto a los resultados que se pueden contar: los participantes de los talleres valoraron el festival con un 9,10 sobre 10. Salieron 48 notas de prensa, 2 reportajes de televisión y 6 entrevistas de radio.

Para mí, el resultado más importante fue que casi todas los participantes cumplieron sus objetivos. En el Magdalena hay una tradición que es hacer una ronda final, donde todos, después de responder a las preguntas ¿Qué has traído? ¿Qué te llevas? y ¿Qué vas a hacer con eso?, se comprometen a hacer algo personal o profesional. Poner sus objetivos



Ilustración 3. Archivo *Festival A solas*.

o sueños en ese espacio permite que otras mujeres puedan ayudarles a conseguirlos, o simplemente, se los recuerden de vez en cuando.

El *Festival A Solas* fue fruto de mi última crisis y fue mi granito de arena para que en la cultura haya más igualdad. Quería hacer una segunda edición, pero desafortunadamente no encontré los apoyos y como ahora estoy viviendo en Francia. Me resulta difícil seguir luchando por hacer algo en Madrid. Motivo y propongo mi ayuda a todas las mujeres que quieran organizar encuentros y festivales porque creo que son fundamentales.

Creo que es importantísimo que cada mujer y cada hombre se comprometa a ser feminista y a luchar por la igualdad.

3. COLABORACIÓN AUTORAL

Hace poco leí *La supervivencia de las luciérnagas* de Didi-Huberman y me encantó la imagen de los artistas como luciérnagas, del teatro como lugar de luz. Las luciérnagas sólo brillan en la oscuridad, se establecen

en la periferia, en comunidades y desde ahí emiten su llamadas de amor, su luz incandescente.

En mi trayectoria profesional, al principio intenté conquistar los espacios de los grandes focos, pero fue difícil. En vez de seguir insistiendo, decidí crear desde la periferia, en un lugar donde podía ser más libre. Entonces, encontré a muchas mujeres luciérnagas con las que pude co-crear y me di cuenta de que crear con otras, era muy divertido y daba buenos resultados.

En los últimos años, he tenido una maravillosa experiencia de coautoría con Itziar Pascual, mujer a la que admiro y quiero. Como dije antes, ella fue mi maestra en la RESAD y tenerla como tutora fue fundamental para mí. Cuando me licencié, seguimos en contacto porque me vinculé a la Asociación de Mujeres Marías Guerreras, fundada por ella y porque interpreté algunos de sus textos. Con el tiempo, nos hicimos amigas.

En 2016, Marga Borja nos invitó al encuentro internacional ¿Es una quimera la igualdad entre hombres y mujeres en las artes?, organizado por Clásicas y Modernas. Tras una de las charlas, Itziar y yo fuimos a comer juntas y ahí empezó todo. En ese momento yo estaba un poco frustrada porque había escrito una novela, que pese haber sido finalista en el Premio Fernando Lara de la Editorial Planeta, no se había publicado y estaba un poco cansada de escribir sola. Le propuse escribir algo juntas y ella dijo que sí. Luego nos vimos en la Universidad de Aviñón, gracias a la invitación de Antonia Amo y empezamos a crear nuestra primera obra.

Nuestra colaboración ha sido muy fructífera e inspiradora. Cuando la gente nos pregunta, cómo escribimos a cuatro manos, decimos que en general, empezamos las historias en los trenes, comiendo chocolate y que cada proyecto es diferente. Sin embargo, yo creo que lo que hace posible nuestra colaboración es el respeto, la escucha y el cariño. Creo que, gracias a eso, seguimos con ganas de escribir juntas.

Entre el 2016 y el 2017, hemos escrito la *Trilogía de las Luciérnagas*. Tres obras que hablan de la fuerza de las mujeres, la luz y la esperanza.

La primera obra de la trilogía fue *Mi niña, niña mía* (*Moje Holka, Moje Holka*), que obtuvo por unanimidad el VII Premio de Textos Teatrales Jesús Domínguez de la Diputación de Huelva en noviembre del 2016. Fue publicada en el número 351 de la revista teatral *Primer Acto*, con aportaciones teóricas de Nieves Rodríguez Rodríguez.



Ilustración 4. Amaranta Osorio e Itziar Pascual.

Hasta la fecha ha contado con cinco lecturas dramatizadas en cuatro países y tres idiomas distintos. La primera fue con motivo de la entrega del Premio Jesús Domínguez, en Huelva, con dirección escénica de María García. La obra fue seleccionada para formar parte del ciclo de lecturas Dramatizadas *El teatro se lee en la Berlanga*, en Madrid y la lectura fue dirigida por Rosario Ruiz Rodgers. En Pinamar, Argentina, fue escenificada dentro del Festival Magdalena Segunda Generación, en 2017, con dirección de Alejandro Casavalle. En marzo de 2018 *Mi niña, niña mía*, se ha mostrado en el Teatro Artephile de Aviñón, Francia, bajo la dirección de Elsa Stirnemann y, en abril, en Villa Waldberta en Munich, Alemania, dentro del Magdalena Munchen Season, bajo la dirección de Kordula Lobeck de Fabris.

Mi niña, niña mía (Moje Holka, Moje Holka) ha contado con una ayuda a la traducción de la Fundación SGAE, y fue traducida al francés por Antonia Amo y Julie Perez. Con la ayuda de la Embajada Española en Alemania ha tenido lugar la traducción al alemán por Stephanie Gerhold.

Nieves Rodríguez Rodríguez, dramaturga y miembro del jurado del VII Premio Jesús Domínguez, ha escrito en el mencionado número de *Primer Acto*: esta «es una obra luminosa que abarca gran parte del siglo pasado hasta nuestros días presentes. Lo hace entretejiendo la vida de dos mujeres destinadas a encontrarse (...) Amaranta Osorio e Itziar Pascual son capaces de escribir a cuatro manos, pero a un solo corazón, las historias que naufragan por la historia con mayúsculas. Las traen al presente, nos interpelan con ellas y, en un gran compromiso ético, nos esperan».

La segunda obra fue *Viêtato dare da mangiare* (Prohibido dar de comer), una obra breve, estrenada en el Teatro Español dentro de un espectáculo benéfico HOME, a favor de las Refugiadas Sirias. Fue dirigida por Víctor Sánchez e interpretada por Aitana Sanchez Gijón.

Es una obra que habla de la prohibición que hizo el gobierno italiano de dar comida a los refugiados por razones higiénicas. Es un texto que habla de cómo una investigadora se transforma gracias al encuentro con una refugiada y, por ello, le da las gracias.

La tercera obra, *Clic. Cuando todo cambia*, obtuvo por unanimidad el Premio Calderón de Literatura Dramática 2017 y se estrenará en 2019 en el Teatro Calderón de Valladolid.

Es una obra que habla sobre la adolescencia. Ese periodo de la vida tan difícil, en donde uno no sabe muy bien quién es ni qué quiere de la vida. Donde nos sentimos grandes y fuertes, pero somos aún frágiles. En la obra hablamos del acoso escolar y del abuso.

Las tres obras están protagonizadas por mujeres fuertes, mujeres que siguen a pesar de todo. Mujeres que están llenas de luz y que saben que no pueden perder la esperanza.

Escribo sobre mujeres fuertes porque sé que existen y son muchas. Creo también que la luz está en todas y todos. Unas veces más oculta, otras más visible, pero ahí está, esperando para poder brillar, por eso no podemos perder la esperanza.

4. CONCLUSIÓN-SUEÑOS

He expuesto mis conclusiones a lo largo de este texto y no me parece necesario repetirlas. Sin embargo, me gustaría compartirles mis deseos, mis sueños.

Sueño con un mundo donde no haya violencia hacia las mujeres y los niños.

Donde no haya abusos, ni asesinatos.

Sueño con un mundo, donde haya una mejor educación. Una educación que incluya referentes femeninos.

Sueño con un mundo donde todas y todos tengamos las mismas oportunidades.

Sueño con un mundo donde todos y todas, seamos feministas.

Donde los hombres denuncien las desigualdades grandes, pero también las pequeñas.

Donde los hombres participen en las marchas contra la violencia de género, se impliquen en las tareas del hogar, se tomen las bajas de paternidad.

Sueño con un mundo en que los hombres tengan permiso a no ser fuertes y a llorar.

Sueño con un mundo en que las mujeres no tengamos tanta presión.

Un mundo en el que confiemos en nosotras y nos sintamos suficientes siendo como somos.

Donde, caminemos con fuerza, dejando huellas.

Sueño con un mundo donde las mujeres digamos lo que pensamos.

Donde podamos elegir sobre nuestra vida y nuestro cuerpo.

Sueño con un mundo en el que todas las mujeres nos ayudemos.

Donde trabajemos, para dejarle un mundo mejor a las que vienen.

Sueño con un mundo en el que todas y todos podamos brillar.

Amaranta Osorio Cepeda

